



EL SUELO Y SU COMUNIDAD

Como recordarás, amigo lector, en el anterior número de GALATEA, vimos de una forma generalizada todos los pequeños seres que se pueden encontrar en cualquier porción de suelo. En esta ocasión, A TIRO DE PRISMÁTICO quiere centrar la atención en un par de ellos. Nuestros personajes son Artrópodos. Uno pertenece a la clase de los Arácnidos y el otro a la de Insectos. Y dentro de sus respectivas clases, el primero al orden de los Araneidos mientras el segundo lo es al de Hemipteros. En definitiva y dejándonos de incógnitas nuestros personajes son: una araña y una avispa.

Ya conocemos a nuestros personajes ahora busquemos un lugar donde transcurra la acción. Para tal menester vamos hasta aquel pequeño grupo de árboles del capítulo anterior. Anclado a la vera de un camino y en un lugar que todos los esquivianos conocemos con el nombre de Valdelafuente, el pequeño grupo de árboles -tan pequeño que no sobrepasa la docena- es todo un bosque en miniatura, al que no le falta ni tan siquiera su pequeña porción de agua.

Completada la puesta en escena dispongámonos pues con curiosidad y paciencia y sobre todo con un respeto enorme hacia todas las formas vivas, a contemplar una escena común a la par que maravillosa de esa inagotable fuente de sorpresas que es la comunidad del suelo.

CAZAR Y NO SER CAZADO

Flanqueado por una gran mata de juncos, hay un pequeño manantial; y es allí, justo en la base de los juncos,

cerca del agua, donde la araña ha instalado su tela y morada. Observando de tenidamente a nuestra amiga no podemos por menos que exclamar: ¡Si parece una avispa! Como las avispas, tiene el abdomen listado con las clásicas rayas amarillas y negras y sus ocho patas, por su color y porque están colocadas en dos pares de cuatro, de tal modo que bien pueden parecer las alas de una avispa. Curioso ¿no?.

Las avispas, como todos sabemos, acuden con mucha frecuencia a aquellos lugares donde hay agua y nuestro manantial no podía ser una excepción. En un trasiego continuo, oleadas de avispas acuden a aquel lugar, donde se instalan siguiendo la línea de la orilla. Unas entran, otras salen, hasta que una, y quizás, atraída por la falsa imagen de la araña-avispa, topa con la pegajosa tela de araña.

Con grandes esfuerzos, la avispa trata de zafarse de la trampa donde ha caído. Los rápidos movimientos de la avispa ponen en aviso a la araña. Esta, acude de inmediato pero no ataca, sabe que su víctima es otro cazador y por consiguiente también cuenta con una poderosa arma: su aguijón.

Tras un tiempo de prudencial espera en el que la avispa ha ido agotando sus fuerzas, la araña decide atacar. Rodea y clava sus quelíceros en el cuerpo de su víctima, para seguir después con el laborioso proceso de envolverla con finos hilos de seda. Inmovilizada de esta manera, la avispa servirá de alimento a la araña que